

CONSEJO DE REDACCIÓN

Luis Baliña, Alberto Bellucci, Ludovico Videla, Alberto Espezel, Rafael Sassot, Rebeca Obligado, Carlos Hoevel, Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Jorge Saltor (Tucumán), Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Cristina Corti Maderna, Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, M. France Begué, Jorge Scampini o.p., Isabel Pincemin, Augusto Zampini, Andrés Di Ció, Adolfo Mazzinghi, Matías Barboza, Luisa Zorraquin de Marcos, Agustín Podestá, Ignacio Díaz.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Prof. Carola Blaquier, † Mons. Eugenio Guasta,
Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba),
Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, Dr. Florian Pitschl (Brixen)
Director y editor responsable: Pbro. Dr. Andrés Di Ció
Vicedirector: Dr. Francisco Bastitta Harriet
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

Editorial	3
Bernard Pottier En tentación	5
Thomas Söding La tentación.	17
Sobre el sentido de la sexta petición del Padrenuestro	
Helmut Hopping No nos conduzcas a la tentación.	21
Interpelación a nuestra imagen de Dios y al discurso sobre el Diablo	
Baptiste Milani Hablar para no entrar en tentación.	31
La recaída en la salvación, según Michel Foucault	
Jean-Luc Marion El mal en persona	45
Andrés Di Ció El Ritual de los exorcismos. Una presentación	59
Ignacio Díaz A raíz de las tentaciones de Joseph Day	73

PERSPECTIVAS:

Agustín Podestá | **Catolicismo, masonería y laicismo en Domingo Faustino Sarmiento** 79

La tentación

Sobre el sentido de la sexta petición del Padrenuestro

—

Thomas Söding*

El Evangelio narra lo que un padre exige de su hijo cuando lo ama y se sabe amado por él. Pablo parece pensar en la oscura historia de Abraham e Isaac (Gn 22), cuando escribe en la Carta a los Romanos: “El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos, ¿no nos concederá con Él todos los bienes?” (Rm 8,32). Los Evangelios traen a la memoria cuánto le costó a Jesús este camino y cómo su sufrimiento llegó a ser tentación de bajarse de la historia de la salvación a fin de salvar su propia vida: “Ustedes son los que han permanecido conmigo en medio de las pruebas”, dice Jesús a sus discípulos durante la última cena, según Lucas (Lc 22,28). La Carta a los Hebreos ve en ello, en el hecho de que Jesús fuera llevado a la tentación, una expresión de su humanidad, sin la cual no habría redención (Hb 2,18).

La tentación de Cristo

Los primeros tres evangelios empiezan con un relato de la tentación que Cristo hubo de pasar, cuya dureza supera largamente la de todas las novelas con sus supuestas seducciones amorosas. En la tentación de Cristo se trata, ni más ni menos, que de saber si Jesús usará o no su filiación divina para ahorrarse las durezas de la vida, las insidias del mal o el tormento del sufrimiento.

Los relatos de Marcos, Mateo y Lucas son de una alta precisión teológica. Es el Espíritu de Dios quien conduce a Jesús al desierto, donde será tentado por el Diablo, por Satanás –allí también triunfará sobre la tentación. En el Evangelio, su adversario, el enemigo del hombre, presenta el mal bajo apariencia de bien a fin que resulte atractivo: una vida sin hambre, ésa sería la mejor alternativa, según le plantea el Gran Inquisidor de Dostoyevski en *Los hermanos Karamazov* al Cristo que regresa, y al que encarcela e interroga.

No obstante, el ataque del mal está rodeado por el amor de Dios, no como una manera bonita de hablar, sino para vencer el mal mediante el bien: el pecado mediante la gracia, el odio mediante el amor, la muerte mediante la resurrección. Dios presentó esta tentación a su Hijo, esta prueba de vida y

* Nacido en 1956, es profesor de Nuevo Testamento en la Universidad de Bochum y co-editor de la edición alemana de *Communio*.

muerte, para vencer el mal allí donde se mostraba más duro. Si Jesús no hubiera recorrido en libertad este camino (“no se haga mi voluntad, sino la tuya”), Dios sería el gran dictador. Si Dios no hubiera enviado a Jesús por el camino del sufrimiento, el Evangelio sería un relato edulcorado.

La tentación de los discípulos

El Padrenuestro es la oración que Jesús dejó a los suyos para el camino. Él les enseña a rezar para que no pierdan la orientación en el camino del seguimiento. Ellos deben ser audaces, pidiendo a Dios no pequeñeces que desearían, sino lo más grande, aquello que nunca se atreverían a esperar: que el Reino de Dios no sea arrastrado a la suciedad sino santificado, incluso por ellos; que la voluntad de Dios no se haga sólo en el cielo sino también en la tierra, incluso por ellos.

Así como pueden pensar en Dios a lo grande, también les está permitido pedir para ellos mismos: por el pan que necesitan para la vida, por el perdón de sus culpas y por la liberación del mal. En estos tres pedidos se trata de los propios orantes: por la alimentación terrena que necesitan, pero también de la comida celestial que puede saciar incluso a los hambrientos; por la absolución de las culpas, que los corazones sinceros sólo pueden esperar cuando ellos mismos se han dispuesto para el perdón; y por la vida eterna, que ya puede haber comenzado.

Ninguno de estas tres peticiones está contaminada por la sospecha de que Dios quisiera dejar a los hombres en el hambre, pagarles las ofensas con la misma moneda, o abandonarlos al mal. Ninguna de las peticiones muestra la preocupación de que Dios negara su nombre, clausurara su reino o impusiera su voluntad. Ninguna petición expresa el temor de que le fuera negado a los hombres la santificación del nombre, la venida del reino o la realización de la voluntad de Dios. Cada petición es la expresión de la confianza en que Dios cumplirá las peticiones de tal modo que sea lo mejor para quienes rezan. “El padre de ustedes sabe bien lo que necesitan antes de que se lo pidan” (Mt 6,8). Por eso rezar es escuchar primero la Palabra de Dios, y luego la respuesta que en Él confía.

Eso vale también para la sexta petición: “No nos induzcas en la tentación” (Mt 6,13; par. Lc 11,4). Ella no expresa una especulación sobre lo que Dios haría si no fuera Dios, sino la convicción de lo que Dios no hace, precisamente porque es Dios, el Padre del cielo. La Biblia está llena de historias que muestran cuán duramente son probados los justos en un mundo injusto, y cómo Dios los recompensa infinitamente cuando superan la prueba, o cómo

los rescata cuando pierden sus vidas a causa de la fe: tanto aquí como en el más allá. Sin embargo, los discípulos no podrían superar la tentación que superó Jesús. Por eso mismo les enseña a rezar que no sean inducidos en la tentación. La continuación: "... sino líbranos del mal", literalmente: "sino rescatanos (o: arráncanos) del mal", muestra dos cosas: qué abismo que abre la tentación, sobre la cual los discípulos deben hablar en la oración de Jesús; y cómo Dios no sólo protege de lo exterior, sino que libera de las garras del pecado y de la muerte.

La tentación de la Iglesia

Quien reza: "no nos dejes entrar en la tentación", como propone el nuevo misal francés, y ya desde antes el español y el portugués, expresa un ruego importante que nadie puede dejar de hacer suyo en la oración.¹ En Getsemaní Jesús exhortó a los discípulos que había llevado consigo: "Estén despiertos y oren para no entrar (*geratet*) en la tentación" (Mc 14,36; cf. Mt 26,41; Lc 22,46). En esta exhortación Jesús dirige la mirada al propio orante, a lo que debería y podría hacer para resistir la tentación: estar ante Dios en oración vigilante. La tentación de la que Jesús habla en el monte de los olivos es la misma crisis dramática que en el Padrenuestro: querer salvar la vida al punto de perderla; o querer perder la vida por Jesús y el Evangelio para salvarla (Mc 8,35; Mt 16,25; Lc 9,24). La nueva versión francesa del Padrenuestro en la liturgia, lo mismo que la española y la portuguesa, parece ser el próximo paso consecuente: pedir a Dios que preserve al orante de la tentación.

Los discípulos, que en Getsemaní debían estar despiertos y en oración, se duermen. Jesús prosigue con su exhortación diciendo: "El Espíritu está dispuesto, pero la carne es débil". Él ya tiene en mente quién lo traicionará, quién lo abandonará, quién lo negará. ¿Es por ello inútil la oración? De ninguna manera, pues Dios rescata a los discípulos de la muerte por la resurrección.

El Padrenuestro es la oración de quienes deben dar la razón a Blas Pascal: "Siempre es Getsemaní, siempre se duermen todos". La mirada no se dirige al querer y al poder, al fallar y al perder, a la culpa y la debilidad de los discípulos, sino al querer y poder, ala santidad y al poder, a la justicia la misericordia de Dios.

La tentación es el atractivo del mal, al que los discípulos, que rezan, le pagan tributo; y al que la Iglesia misma, que dice la oración del Señor, alimenta

¹ Nota del traductor: El autor equipara (¿erróneamente?) la nueva traducción francesa (*entrer en tentation*) con la española (*caer en la tentación*) y la portuguesa (*cair em tentação*). Quizás se debe a que el verbo en cuestión –*geraten*– puede traducirse no sólo como "entrar", "llegar", "ir a parar", "dar con" sino también como "caer". En este último caso, "caer" no implicaría "sucumbir" sino más bien "encontrarse", quizás de manera súbita, en una determinada situación.

-no mediante la oración del Padrenuestro sino mediante su vida, para lo cual Jesús le enseñó rezar. Los fieles rezan el Padrenuestro porque son pecadores, que no puede rezar por la salvación del mal sin confesar a la vez que es justo que Dios exponga su propio pecado, incluso en su carácter pérfido, así como la seducción del bien aparente, con la que se enmascara la tentación del mal. Los discípulos, que según Mateo rezan con las palabras de Jesús: “no nos induzcas en la tentación, sino libranos del mal”, no sólo confiesan su debilidad sino su culpa, y aún más su fe en que Jesús ha recorrido por ellos el camino de la reconciliación a través de la tentación, a fin de donarles la libertad de la fe.

Traducción: Andrés Di Cío